La otra transición europea

Víctor Cuchí Espada

Jacques Dugast,
La vida cultural en Europa entre los siglos XIX y XX,
Paidós, Originales,
Barcelona, 2003, 240 pp.

Sin mucha audacia pero con sobrados argumentos, Peter Gay calificó al siglo XIX como una época de transición. En retrospectiva, es muy difícil pensar lo contrario, si bien es preciso reconocer que todas las eras humanas de un modo u otro son de transición. Ahora bien, debe recordarse también que el devenir de los asuntos humanos, lo que al fin y al cabo es la historia, se desarrolla con ritmos dispares. Y el siglo XIX, el de la revolución industrial y la consolidación de los Estados-nación, fue uno de desarrollos vertiginosos, tanto, que muchos seres humanos sufrieron por eso.

Esto no se le escapa a Jacques Dugast, profesor de literatura general y comparada de la Universidad de Rennes II-Haute Bretagne. Su libro constantemente hace referencia a *El grito*, la perturbadora pintura de Edvard Munch, como el emblema si no de todo el siglo, de sus últimos años, cuando se sintieron los neuróticos efectos que desembocaron en la primera guerra mundial.

Curiosamente, por el tiempo transcurrido, nuestras imágenes de aquella época suelen ser contradictorias. Lo primero es que se evocan como señales de tiempos de estabilidad. Imágenes en blanco y negro de personas que ambulan por calles mojadas por la lluvia de ciudades más pequeñas; aviones que revolotean ante la mirada de curiosos y asombrados; humeantes locomotoras; tropas que marchan cantando alegremente; relojes gigantescos…

Imágenes de Europa, aunque el siglo XIX fue de todos los hombres. Como era el centro de la civilización occidental sus males, empero, acabaron contagiando al resto del mundo. Fue, al parecer, una pesada carga de la cual cobraron consciencia, y no sólo los políticos que promulgaron las políticas de los imperios. De Madrid a Londres, de Viena a San Petersburgo, de Berlín a París, la capital cultural del viejo continente, se conformó una red de centros de actividad artística y lúdica donde se ensayaron formas novedosas de expresión, de representación y de creación de una identidad europea que sobrepasaba en profundidad y alcance a la cultura de *boudoir* de la era de la Ilustración apenas cien años antes. Creció gracias al surgimiento de espacios más amplios, menos circunscritos y sobre todo urbanos. Lejos de las cortes y más cerca de las escuelas y las publicaciones de gran difusión, como las revistas artísticas y literarias que se esparcieron por obra de la nueva tecnología editorial, la nueva cultura podía aspirar a ser universal al ser viablemente planetaria.

Aun cuando Dugast no lo expresa con estas palabras, antaño aferrada a sus leyes generales, la transformación tecnológica trajo consigo una nueva cosmovisión más abigarrada, pero más compleja, que hubo de incorporar la historia a su panorama so pena de no entender nada. En su apoteosis imperial, Occidente hubo de abrir sus ojos a los demás países del mundo para poco a poco ceder su pedestal a las demás culturas. O, como puede concluirse de una lectura del libro de Dugast, Occidente –o al menos muchos intelectuales de Europa– comenzó a abandonar su visión eurocéntrica del mundo para concebirse como una cultura más. Puede colegirse que el ímpetu que cobró el racismo luego de 1919 pudo haber sido una reacción; en efecto, muchas memorias publicadas subsiguientemente interpretaron los años finiseculares como reprobables por decadentes.

Estos nuevos grupos culturales, de diversa composición se expresaron con tanto eclecticismo, en un clima no sólo de innovación sino de búsqueda permanente, manifiesto en la literatura o en la arquitectura vanguardista, por cuanto la era fue de cuestionamientos y, más aún, lo que se llamó *Belle Epoque* o *Golden Age* fue de crisis. O, más bien, de transformaciones perturbadoras, en el tenor de lo que hemos dicho. Crisis de valores, de identidades, de hegemonías y de significados, que marcaron lo que entonces y más tarde se llamaría la "modernidad".

Como las a la sazón denostadas sinfonías de Gustav Mahler, la vida se desenvolvía en conflicto permanente, en diálogo de voces adversarias. Porque eran tiempos de dudas. El llamado "malestar de la cultura" se vivía cotidianamente. Era la respuesta de muchas cosas y, para muchos, el anticipo de nuestros tiempos.

Dugast describe todo esto. Curiosamente, para una época tan rica e importante, hace poco más que eso. Lo que brinda es un retrato, ni más ni menos. Quizá, la intención del autor era desentrañar la estructura de una vida cultural, pero ello no queda claro ni siquiera en la introducción. En su obra no se asoman las imágenes del siglo vibrante. Expone una red de elites distantes en el espacio, aunque, se sobreentiende no en espíritu, puesto que compartían las mismas problemáticas y búsquedas. Abundan los nombres, lo que confiere a la obra un carácter de libro de texto. Con frecuencia, Dugast enumera literatos, artistas e intelectuales. A la experiencia de la vida creativa únicamente se refiere de manera somera. Ello es infortunado pues abundan las anécdotas e información, si bien no en este libro.

¿Qué es la vida cultural? En esto la visión de Dugast es más tradicional. Al margen de la ya muy popular visión de Bajtin, cuya concepción de la vida cultural daba relevancia a las actividades y experiencias del común y ordinario de la gente, Dugast reduce la historia de la vida cultural a la de los círculos intelectuales, lo cual no es en sí un error, pero circunscribe demasiado su campo o vuelve el título del libro demasiado ambicioso. En una palabra, *La vida cultural en Europa entre los siglos XIX y XX* es la de los grupos de intelectuales perorando en los cafés.

De hecho, el libro se divide en la exposición de aspectos, en vez del análisis de temas. Si de algo carece el libro es de un punto de vista. Su mirada de pájaro le impide ahondar en diversos problemas o decir algo nuevo. Al final me quedé con una pregunta sin respuesta, al cabo de enterarme de la cadena de fenómenos culturales de los 24 años que mediaron entre 1880 y 1914: ¿qué pudo haber ocasionado, si acaso qué factores, esta formidable efervescencia?

A lo mejor, le pido que desarrolle los que serían temas de otros libros más monográficos. En verdad, el tema aún da para más. Si ignora esta época, *La vida cultural en Europa entre los siglos XIX y XX* es para usted.

La evaluación de la educación

Anna Pi i Murugó

Isabel Franchi Cappelletti (coord.),
Evaluación educativa. Fundamentos y prácticas,
Siglo XXI Editores,
México, 2004, 101 pp.

Gabriel Cámara Cervera,
Santiago Rincón Gallardo Shimada,
Dalila López Salmorán,
Emilia Domínguez Bravo
y Araceli Castillo Macías,
Comunidad de aprendizaje. Cómo hacer de la educación básica un bien valioso y compartido,
Siglo XXI Editores,
México, 2004, 141 pp.

A riesgo de ser insistentes con las citas en esta reseña reiteramos que "la evaluación es una de las dimensiones fundamentales de la educación y también de otros campos, aunque la atención que se le dedica no es proporcional a su importancia". Y también destacamos que es mucho el tiempo de los maestros en educación básica empleado en tareas de evaluación. Muchas veces, no obstante, estos análisis y consideraciones no son difundidos a un público amplio para que trascienda los límites de la academia, con la intención de llegar hasta los profesionales partícipes en la práctica en nuestras escuelas. Los libros que aquí presentamos, uno editado por primera vez en Brasil en 1999 y otro basado en la experiencia del modelo de Posprimaria de Consejo Nacional de Fomento Educativo (Conafe), en México, tratan de abrir nuevas perspectivas en este sentido y darlas a conocer a públicos y lectores que no conforman un mundo tan reducido. Los libros van dirigidos tanto a maestros, como a funcionarios, investigadores, padres de familia, alumnos, lectores interesados por la temática educativa, políticos, etc. Ambos ofrecen contribuciones a la escuela y a la educación de hoy y plantean también los conflictos que aparecen respecto a las políticas públicas, los rígidos y burocráticos sistemad escolares, entre otros temas.

El libro *Evaluación educativa. Fundamentos y prácticas* está escrito por distintos autores que comentan experiencias recientes, problemas teóricos y filosóficos que enfrenta la evaluación, así como un breve recorrido histórico de ésta en el medio educativo nacional e internacional. Diversos capítulos o artículos constituyen este libro. El primero, "Evaluación del aprendizaje: una vía para el mejoramiento de la calidad en la escuela", de Ana Maria Saul, nos remite a su experiencia como directora de Orientación Técnica en la secretaría municipal de Educación de São Paulo (1989-92). Durante su gestión en esta institución, y a pesar de las distorsiones entre la teoría y la práctica evaluativa, estableció y posibilitó que la evaluación se pudiese cons-